

y como intento de realización de sus ideales en la sociedad humana. J. T. es el inaugurador de la segunda etapa del movimiento. Como Bruno, Voltaire y Feuerbach en los otros períodos, comienza con una crítica de la religión. Los aspectos hasta ahora estudiados de J. T. no dan una visión completa de su personalidad. ¿Cómo fué; quién fué; qué significan sus obras; cuál fué su vocación; qué sitio ocupa en su época J. T.? Leibniz caracterizó a J. T. diciendo que el signo de su obra es la contradicción. Esto se confirma, especialmente, por su bibliografía. El principio fundamental de la filosofía de J. T. está centrado en la disputa de la razón y de la fe, en el diálogo con Norris. II. John Toland llegó a Escocia en 1678, al College of Glasgow. Fué M. A. por la Universidad de Edinburgo en 1690. Dos años estuvo en Leiden, y en 1694 llegó a Oxford. Las cartas de juventud de J. T. le muestran tal como le vieron sus contemporáneos. Verdadero protestante, súbdito leal y joven extravagante. E. Gibson, miembro del Quen's College de Oxford, creyó en la ascendencia francesa de J. T., lo cual parece explicar el carácter radical y revolucionario de su deísmo, diferente del inglés, y semejante al de Voltaire y Diderot. Según el mismo Gibson, en las cartas transcritas por Heineman, J. T. era un hombre muy poco religioso. III. El propósito de su vida fué la destrucción de todos los prejuicios en todas las esferas de la actividad humana, lo cual es una variación del tema central de la Ilustración. Los prejuicios no dan verdad (*aletheia*), sino opinión (*doxa*). El prejuicio es el principio de individuación en la esfera mental. La variedad de religiones se explica porque todas son credos diversos que han sido desprendidos por los prejuicios de una sola: la religión natural. IV. La posición de J. T. en la Ilustración se aclara por su correspondencia con Shaftesbury. El propósito común es la política protestante, basada en la libertad de conciencia. Ambos son librepensadores, siguen la luz natural; pero para el uno, éste es sentido moral, y para el otro, razón. Shaftesbury se orienta hacia la ética; J. T. hacia las bases racionales de la religión. V. Pero las actitudes de Shaftesbury y J. T. difieren ampliamente unas de otras, a juzgar por la correspondencia. VI. Estas cartas muestran a J. T. como un hombre encantado por

la acción *qua* acción. Aun dudando de su integridad moral y de su originalidad intelectual, no puede negarse su energía y su explosiva naturaleza. Hizo conocer a Bruno, de quien tradujo los «Sonetos» en loa del asno. VII. Anuncia J. T. la disolución religiosa de Europa: comienza siendo católico, protestante es luego; deísta, panteísta, materialista, por fin. Cinco postulados pueden caracterizar el pensamiento de J. T.: 1) Creer por sobre todo en la razón, como esplendor de la vida, y tomada como medio para la libertad de pensamiento. 2) Todas las cosas en el mundo son una, y uno es todo en todas las cosas. 3) El Universo es esencialmente intelecto y movimiento. 4) En cambio, en el Universo está presidido por la coincidencia de los opuestos; y 5) La libertad consiste en seguir la razón, que es la ley de la naturaleza. VIII. Vuelto a las primeras preguntas puede responderse que la Ilustración falla por su principio de la autoiluminación, pues la mente finita no es la luz original, a la cual los «ilustrados» reemplazan por la *lumen naturale*, que posee el hombre. Tomó la luz humana fuera de su contexto en el Universo, y la aisló. Nuestra tarea consiste en superar este artificial aislamiento de la mente humana y del sujeto, y reemplazarlo por el principio de la interdependencia. «¿Será una ilusión pensar que a la edad de la razón seguirá la edad de la iluminación, y que la mente finita aprenderá que ella dé sólo el reflejo de la *lux eterna*?».—RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT.

LUCE (A. A.): *Berkeleyian Action and Passion*, en «Revue Internationale de Philosophie», 1953; fascículo 1-2; 23-24 (págs. 3 a 18).

Se trata de una disquisición sobre el pasaje de Berkeley «*you are in the very perception of light and colours altogether passive*», con la mira de resolver si, a juicio del propio Berkeley, el papel de la mente es activo o pasivo en las percepciones. La interpretación correcta, a juicio del doctor Luce, es la de que la mente berkeleyana es ambas cosas a la vez; y que lo es por su carácter finito: «el infinito acciona y no reacciona; lo sensible reacciona, pero no acciona; la mente finita se halla a medio camino, accionando y reaccionando».

Por lo demás, el presente trabajo está escrito en un estilo oscuro, que hace penosa su lectura, complaciéndose su autor en lo que muchas veces parecen juegos de palabras; he aquí literalmente transcrito, uno de estos párrafos (pág. 7): «*Berkeley... changed his mind about the mind. Mind minds mind... When Berkeley changed his mind, active mind made a change begin to be in passive mind; and when he changed his mind about the mind, his active mind changed his passive mind about somethig (may I say?) Protean. There is a minding mind, and there is a minded mind, and to call what is minded mind was in Berkeley's da (and still is) perfectly good and idiomatic English*». — M. ALONSO OLEA.

HAY (W. H.): *Berkeley's Argument from Nominalism*, en «*Revue Internationale de Philosophie*», 1953; fascículo 1-2 (págs. 19 a 27).

La posición filosófica normal respecto al mundo exterior al hombre es la de la afirmación de su existencia, con independencia de que sea apercebido o no por el hombre mismo; «casas, montañas, ríos y, en una palabra, todos los objetos sensibles tienen una existencia natural o real, con independencia de que sean o no percibidos por el entendimiento» (humano). La tesis de Berkeley, según sus intérpretes, es justamente la contraria: como objetos percibidos se citan, por ejemplo, manzana, piedra, árbol, libro; «pero ¿qué son estos objetos sino lo que nosotros percibimos por nuestros sentidos? y ¿qué percibimos nosotros sino nuestras propias ideas y sensaciones?»

Pero si se analizan los trabajos de Berkeley, su posición resulta ser aún mucho más radical; su solipsismo no es el puramente escéptico que envuelve la fórmula «nada existe excepto yo mismo», sino el aún más acentuado que intenta probar que decir que existe algo además de mí mismo es una *contradictio in terminis*. La más pura formulación berkeleyana sería la de «sólo puedo hablar de lo que está en mi mente, porque sólo es lo que está en mi mente».

A juicio de Hay, sin embargo, el propio Berkeley, en la última fase de sus elaboraciones, debió comprender que era su propio nominalismo el que encarraba contradicciones; parece ello

patente cuando se traslada la reflexión sobre la noción del yo de la posible existencia de otros yos; la contradicción parece salvarse mediante la afirmación de que «nosotros conocemos otros espíritus por medio de nuestra mente, que, en este sentido, es la imagen o idea de aquéllos»; y aún llega a afirmar Berkeley, en un conocido pasaje (*Principles of Human Knowledge*, parágrafo 140), que «nuestro yo es a los otros yos lo que el azul o el calor percibidos por mí son a estas mismas ideas percibidas por otros». La quiebra está en que un nominalista no puede hablar de azul o de calor como ideas percibidas por otros.—M. ALONSO OLEA.

BROAD (C. D.): *Berkeley's Theory of Morals*, en «*Revue Internationale de Philosophie*», 1953; fasc. 1-2 (páginas 72 a 86).

La ética de Berkeley estaba, al parecer, expuesta en el perdido manuscrito de la Parte II de sus «Principios»; esto hace que la fuente más importante sobre la materia sea el *Discourse on Passive Obedience*.

El problema ético surge en esta obra al tratar Berkeley de justificar su tesis de que la rebelión de un súbdito contra la autoridad suprema del país del que es ciudadano, siempre y bajo cualquier circunstancia debe considerarse como moralmente reprobable.

Dios trata de conseguir la eterna felicidad del hombre por procedimientos indirectos, y el fundamental de ellos consiste en «la observancia de ciertas leyes que, si son universalmente observadas, tienen, por su propia naturaleza, una esencial aptitud para promover la felicidad de la humanidad»; estos son los preceptos morales, y nunca y en ningún caso le es dado al hombre desobedecerlos, aunque le parezca perfectamente obvio que el seguirlos no será beneficioso para la humanidad, porque ello representaría una inadmisibile sublevación de la criatura contra el Creador.

Estas leyes morales no difieren grandemente de las llamadas leyes físicas; téngase en cuenta que el mundo externo (al hombre) es para Berkeley una serie de sensaciones que telepáticamente genera Dios en la mente humana; Dios, al hacer esto, libremente escoge el seguir unas ciertas reglas de secuencia y de coexistencia; y ellas son las que llamamos «leyes físicas».